

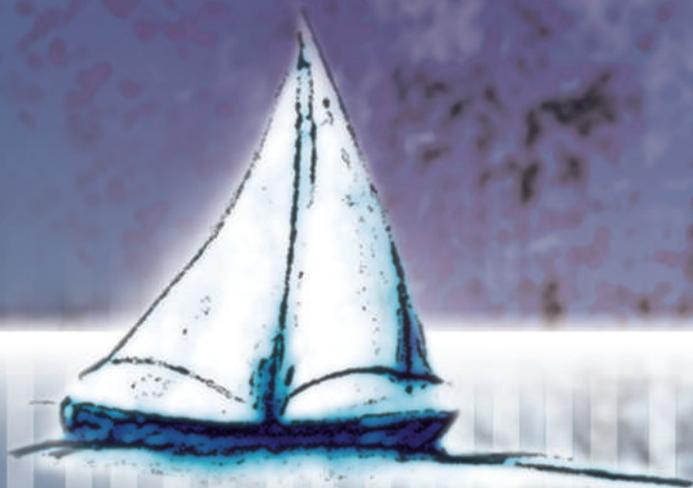
COLECCIÓN
ORLANDO ARAUJO

Rafael Zárraga

MIENTRAS REMIENDO LA RED



Ministerio
del Poder Popular
para la **Educación**



FEI

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Tareck El Aissami

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Elías Jaua

Vicepresidente para el Área Social

Ministro del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Marisela A. Bermúdez B.

Presidenta

Pedro Germán Díaz

Vicepresidente

Elkis A. Polanco G.

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Federico J. Melo S.

Presidente

Rafael Zárraga

MIENTRAS REMIENDO LA RED

Mientras remiendo la red

© **Rafael Zárraga**

Primera edición

© **Fondo Editorial Ipasme**

Caracas, 2017

© **Fundación Rafael Zárraga**, Yaracuy.

Depósito Legal: lf65120158002850

ISBN: 978-980-401-241-9

Edición: Abraxas Iribarren

Corrección: Lisneth V. Molina Valero

Diseño y diagramación: Yaraiví Alcedo

Fondo Editorial Ipasme:

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

Urbanización Las Acacias. Municipio Bolivariano Libertador, Caracas

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 634 54 45 / 634 54 53 / 634 54 56

Se autoriza la reproducción total o parcial de la presente obra,
siempre que se señale la fuente original.

..... *Bitácora para el retorno*

En ciertas obras trascendentales del hombre hay un mecanismo mágico que se activa para hacer saltar la emotividad del espectador. Es como un haz luminoso que une y disocia a la vez, contactando nuestras zonas sensibles. Esas obras maravillan, no solamente por sus cualidades estéticas o la suma total de sus posibilidades, sino por ese silente ascenso hacia la cima no avizorada antes por quien a ellas se acerca. Ahí está como ejemplo el «Hipomenes y Atalanta» de Reni, o el primer coro de la «Pasión Según San Mateo» de Bach: explosión de imagen y sonidos.

Lo sublime, decíamos, es lo que da carácter de Obra a ciertas creaciones del hombre, y es lo que se puede decir de este texto: «Mientras remiendo la red» de Rafael Zárraga. Esta es la expresión más trasparente de un estado emotivo que busca resolverse por medio de una colocación muy precisa de sus signos.

Ese estado emotivo surgió cuando, a los catorce años de edad, se despidió de los grandes amores de su infancia: Papaviejo y Mamavieja, sus abuelos. Este episodio lo registró Zárraga en su libro «Contares», publicado por la UNEY el año dos mil siete. Narra ahí, entre otros hechos, la partida del hogar que compartía con los abuelos hacia la ciudad de Caracas. Es uno de los textos más sentidos en ese libro geo-biográfico, atajado en una ergástula emocional a la prematura edad de catorce años. Pasaron los años y regresó entonces el poeta adulto a ese instante de separación con ayuda

de la palabra. En «Mientras remiendo la red» alude al regreso, y lo hace recurriendo a la imagen del navegante que se aventura a los mares para enfrentar sus monstruos interiores. Es el mar picado de la vida, la experiencia que se inaugura cuando parte hacia una ciudad abominada porque es la ejecución de un desgarrero temprano. Aun cuando Caracas representó la gran oportunidad del poeta para ensayarse en su grandiosa posibilidad (lograda de sobra) quedaba allí sin resolver el dolor por la partida.

Regresado a su espacio original, con la gloria del triunfo literario y el alcance físico de las lejanas costas del mediterráneo (periplo rememorado en varias conversaciones) recurre a la palabra para rescatar y a la vez enmendar (remendar) esa historia personal, ese hito compartido con los abuelos: Papaviejo y Mamavieja.

Entonces se monta en la barca y con los abuelos pesca, tomando la metáfora bíblica del pez que servirá para el alimento del cuerpo. El nieto-poeta corrige el pasado y se queda para colaborar como proveedor de la familia, que es misión de hijos y nietos. Regresa a su elementalidad de los quehaceres, del afán diario que no se rompe en ese escenario de la creación. Vive en su deseada continuidad, salvo que esta acción familiar se da en la embarcación de sueños, sobre el mar humanizado, y se esmera en dar a la escena una sensación de lo trivial, de lo común.

Hay un salir y entrar en el rescate imaginario: el reflejo en la acequia por donde pasa el autobús de la partida sirve de pasadizo hacia el reflejo sobre el gran mar

donde bogan las tres figuras unidas. Esa inmensidad de mar, inmensidad de la memoria, se equipara al espacio inconmensurable de los recuerdos. El poeta va tejiendo, remendando, reuniendo los hilos donde ha sucedido una ruptura. Pacientemente toma la labor de Penélope, restituyendo y curando, siendo a la vez el Ulises que quiere interpretar lo que dice la estrella más brillante. El poeta busca la voz para «tejerla», hilvanarla en el texto sanador.

A la vez que teje el texto se va recuperando una filosofía de la vida en la que el Papaviejo vuelve para tomar su lugar como guía espiritual, recomponedor de la ruta trazada. Es una hoja de viaje para no perderse en ese mar de tempestades que es la vida adulta. La tormenta es la verdadera prueba.

Emerge la imagen del K'un, inmenso pájaro (dominio de los aires) que es a la vez ese inmenso pez (dominio de las aguas) que permitirá la subsistencia. Pero no para el consumo inmediato: hay que salarlo para guardarlo, como garantía de permanencia, como refutación del tiempo real, el que agota las cosas y la vida en general. Se es dueño de ese tiempo revivido, ese sagrado tiempo de la memoria para la permanencia. Y es la poesía tejida -inserta en sus monólogos- el rescate de una abertura hacia esa posibilidad propiciada, sostenida tímidamente en el verdadero plano de lo sensible. Ese rescate incluye el decir rústico de los abuelos, la emisión que se hace con recortes y alocuciones propias de la tierra, de lo natural, de lo rural. En esa vuelta a la palabra verdadera está el centro de lo vivido, contenida y rete-

nida hasta lo imposible, integrándose desde el oído, desde las primeras conversaciones. Por eso esa habla natural es conservada de una manera casi transcrita, vuelta a la vida por medio de su reelaboración. He ahí la poesía del recuerdo que se inviste de lo experimentado en esos años que precedieron a la despedida.

Finalmente, la nostalgia, el penar por la partida se recoge en la imagen del judío errante, el que fue condenado a caminar sin descanso por el mundo, castigado por negar el agua al sediento. Las palabras de los abuelos buscan el efecto del suave regaño que redime de la culpa: «diablo maluco», decía Papaviejo, «bien hecho que Dios lo castigó», decía Mamavieja. Desde ese momento ya podrá tener un lugar donde descansar los huesos.

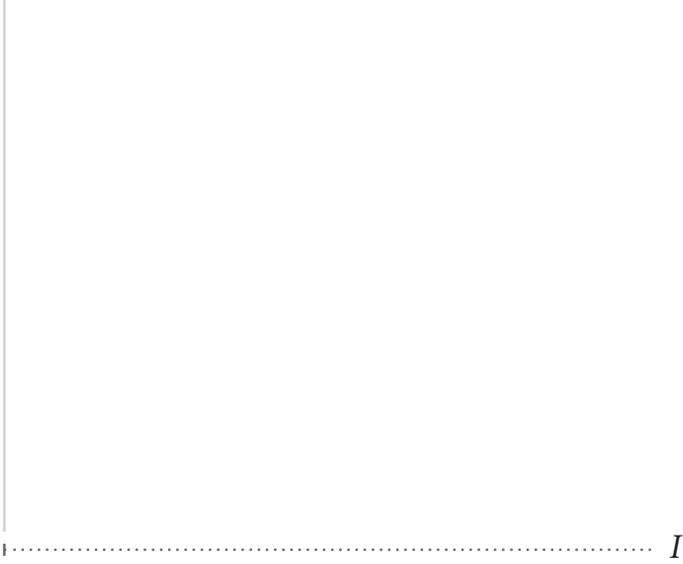
El claror de la luna es el acercamiento a ese instante mejor, redimido, perdonado. La claridad muestra la silueta de los abuelos en un final abrazo, fantasmagórico, donde el Ulises-poeta se entremete para completar la trinidad del afecto.

El último nudo en la red es el de la despedida, donde los dos seres queridos alzan al vuelo liberados ya de la prisión de la angustia. Ahora sí, se puede ejecutar la despedida para retomar más livianamente ese largo camino que falta por recorrer.

Radamés Laerte Giménez

*«Sólo con un gran despertar
se puede comprender
el gran sueño que vivimos»*

Chuang – tzu.



Siempre fuimos madrugadores. Ganarle de mano al sol y con bastante ventaja ha sido el sempiterno principio de nuestro hogar. Y la máxima de «el que madruga Dios lo ayuda» es para nosotros como la quintaesencia de todos los fundamentos, en la búsqueda del pan nuestro de cada día. Por eso llegamos aquí mucho antes de que amaneciera.

Y mientras mis abuelos miran el mar por primera vez, comienzo a remendar la red bajo la intensa claridad lunar al mismo tiempo que me recito y me cuento también por primera vez, pues siempre fueron otros personajes los que ocuparon mis espacios creadores para decir mis palabras y contar mis historias. Pero ahora el escenario solo pertenece a Papaviejo, Mamavieja y yo, al igual que a este pequeño barquito que me regaló un viejo pescador desde el día que lo dejó abandonado a su propia suerte sobre este palmo de agua y arena donde ellos han comenzado a llenarse de inmensidad oceánica a la vez que aguardan que termine de coser la atarraya para emprender el viaje prometido. Porque el viejo marino me dijo que antes de zarpar era sumamente importante llevarla en excelentes condiciones por si a uno se le terminaban las provisiones en alta mar y no le era posible regresar a la costa. Y al tiempo que voy arreglando los grandes y pequeños agujeros se-

mejantes a esos que han tejido la red de nuestras vidas, el mar observa la diligencia de mis manos con la adustez y sabiduría de un juez inmemorial que me cohíbe por la ineptitud con que asumo este quehacer por primera vez. Sin embargo, no es su hierática figura lo que me consterna, sino ese inescrutable misterio que encierra su mirada fija sobre mis dedos torpes, pues si acaso me había visto alguna una vez era sólo de lejos, pero jamás en estos menesteres en los cuales es conocedor profundo al igual que conoce a todos los que habitan en sus predios desde que es abuelo sin edad ninguna.

Y mientras la aguja se mueve entre los hilos, me abisma la grandeza patriarcal del que me mira quizás sonriendo en sus adentros por lo ordinario de los nudos que enlazan las roturas. Pero al mismo tiempo pienso que no hay sarcasmo en ese rictus que imagino en sus labios sino más bien una velada compasión hacia el que intenta lo que no sabe, sólo por el deseo y la pasión de aprender haciendo. Y entonces determino que detrás de esa aparente dureza de sus ojos, lo que hay es esa inmensa ternura que tienen siempre los abuelos para el retoño que va saliendo de sus troncos viejos. Por eso traje los míos para que lo conocieran y con sólo mirarse, ya se habían entendido. Ahora solamente están esperando que termine de reparar lo descosido en la trama para iniciar el rumbo. No hay palabras en nuestras bocas y cada cual más allá del sello de sus labios, anda sobre su propio sendero de playa y ensenada del pequeño puerto, descubriendo en silencio sus asombros. Pero en mi camino han comenzado a saltar los duendes de la poesía y haciendo cabriolas inimaginables tratando de

imitar la aparente locura de las gaviotas y los alcatraces. Entonces dócilmente me dejo llevar por ellos en su disparatada travesía, sin pensar siquiera a dónde tratarán de conducirme para festejar mi noviciado marinero. Ahora atravesamos espacios neblinosos y de pronto veo a la diosa y al séquito que la acompaña hasta su trono de sargazos donde bendecirá nuestra aventura. Y luego de pie, alza su brazo derecho para pronunciar las palabras que acostumbra, mientras de rodillas aguardo que pose su mano sobre mi cabeza como signo de bienaventuranza, pero en eso escucho a mis espaldas la sonoridad de una voz exclamativa:

-¡Dios mío que aguazón!

Y al volverme veo a Mamavieja con las manos cruzadas en su pecho y luego paseando los ojos de un lado a otro, va llenándolos de pájaros marinos, mientras Papaviejo en cuclillas agarra puñados de arenilla y oliéndola largamente disfruta su perfume, muy diferente al de aquella tierra conocida desde su nacimiento al igual que las semillas de la siembra.

Volví de nuevo a los hilos y al pensar, para buscar el reencuentro con la diosa, pero ya todos se habían ido y no habían dejado ni siquiera huellas para seguir sus pasos. Ahora estaba en un lugar vacío y sin caminos que me obligó al retorno y fue entonces cuando los vi venir descalzos sobre la arena, sin apartar sus ojos del patriarca y conversando con la boca y con las manos como dos escolares primerizos, hasta que sus sombras cubrieron mi cuerpo y luego alargándose subieron por la proa del pequeño velero.

-¿Pa qué recibiste este barquito si tú no sabéis navegá?

-preguntó Papaviejo y ambos me clavaron la mirada.

-Pero el mar sí sabe por anciano y por sabio -le contesté.

-¿Y cómo se llama? -inquirió Mamavieja justo al instante en que la marea lo bañó de espumas y al levantarse del encallamiento vimos su quilla dilacerada por las garras del salitre.

-El viejo me dijo que hace tiempo tenía un nombre, pero los años se lo habían borrado y ya nadie recordaba cómo se llamaba. Póngale usted uno, Mamavieja.

-Pero yo no sé cuáles son los nombres que les ponen. Si fuera una gente, un perro o un gato, sería fácil. ¡Pero es la primera vez que veo uno!

-Algunos los bautizan con nombres de personas. Sobre todo de mujeres o le inventan uno cualquiera.

-Pero es que no se me ocurre ninguno. Todo esto es pa mí como un soñar despierto.

-¡Soñar! ¿le gusta ese nombre, Mamavieja?

-¡Y mirá que sí me gusta! ¿Y a tú también? -le preguntó a mi abuelo.

-¡Y hasta le pega! -exclamó Papaviejo. Porque parece que sirve pa cualquier cosa, ¡menos pal agua! -agregó y se quedó mirándolo compasivamente.

-Como les gusta y a mí también, le pondremos ese nombre en el costado cuando termine de remendar la red. A partir de ese momento, sólo aguardaremos

el instante propicio para embarcarnos en él y conocer el mundo.

-¿Y cómo haréis pa manejarlo si tu no sabéis nautica de eso? -inquirió mi abuelo.

-El viejo me dijo que una gran estrella nos avisará cuando llegue la hora de zarpar -le contesté y en el otro azul les señalé el punto por donde aparecería-. Y que además de eso, con nosotros irán los dioses marinos Neptuno y Poseidón para orientar nuestras rutas. Y dijo que Eolo, dios del viento, nos concederá la infinita misericordia que merecen aquellos cuya ignorancia es más grande que ese océano tendido ante nosotros. Porque el mar ama a los pescadores de sueños y cada amanecer les abre todas las ventanas de los rumbos posibles.

-¿Y vamos a salí de noche? -Preguntó Mamavieja ensanchando los ojos- ¡Si de día me asusta, como será en la oscurana!

-No hay nada que temer, Mamavieja. Cuando llegue el momento de partir, el abuelo grande y la estrella nos darán la señal indicando al mismo tiempo hacia donde enfilarán las velas. Y nuestra navegación también será venturosa como la de los primeros que se embarcaron para conocer lo que había más allá de sus costas. Así que nuestro barquito será como una de aquellas naves de los fenicios que según el poeta Homero no necesitaban ni timón ni piloto, pues conocían por sí solas cada palmo del mar. Y además de eso, también nos acompañará el espíritu navegante de Simbad. ¿Se acuerda de

él Papaviejo? Era el marinero de aquel libro vetusto y descuadernado que le prestaron y que después usted me dijo que leyera.

-¡Ah el de las Mil y una Noche! ¿Y qué me decí de Colón?

-El también irá junto con Magallanes -le contesté y al mirar el rostro de mi abuela vi que se había llenado de serenidad y confianza, pero sobretodo, de esa gran fe que siempre le había fortalecido su profunda religiosidad. Tal vez por eso dio el primer paso hacia donde el gigante humedecía la arena y alejando el miedo comenzó a tocarlo con sus pies desnudos y luego Papaviejo la siguió para hacer lo mismo, en un silente acto de recogimiento. Pero de pronto mi abuelo rompió el silencio y dijo:

-¡Que caray!... ¡de arriesgones vive el churro! -y tomando la mano de mi abuela caminaron esta vez hacia el Oeste, justo al instante en que el sol despuntaba en el horizonte.

Di unas cuantas puntadas más y cuando volví a mirarlos iban recogiendo conchas nacaradas que pasaban de unas manos a otras con palabras inaudibles para mí, más no para su entorno alborotado de alas marineras. Reinicié el reparo de la tesitura y fue entonces cuando se apoderó de mí la idea de perseguir versos sin tregua ni reposo. Pero al hallarlos no emergían por sí mismos sino extraídos a juro de canteras ya trajinadas por mineros del tropo y por eso las palabras salían chatas, enclenques, descalabradas por doquiera y con indelebles manchas de inanidad.

Cuando volví a verlos ya venían de regreso pero en eso se detuvieron a observar un solo punto de la lejanía, como tratando de descubrir juntos y de una sola vez todos los secretos guardados en esa inmensidad yacente ante sus ojos. Desde el levante, pasito a pasito el sol remonta las colinas y al encontrarlos de perfil alarga sus siluetas en la arena.

Unas horas después subimos las provisiones a bordo y mientras ellos se ocupan de la comida y la limpieza de los espacios del falucho, yo continúo en mi oficio de tejedor bajo las ramas de un uvero, testigo de las tantas desdichas del velero. Me trajeron de comer y luego siguieron trashumando la ribera hasta que el sol, ya camino del ocaso, nos encontró juntos nuevamente. Desde mi lugar observo que sólo sus cabellos tienen en este instante la propiedad del movimiento y algodónados bailotean con la brisa del atardecer. Pero cuando las últimas luces se zambulleron en el Occidente, las hebras se tornaron negras como cuando se conocieron y el amor se hizo danzarino en sus corazones al igual que su pelo ahora que lo agita el aire de la nocturnidad. ¿Cómo describirlo? Pensé y reemprendí la búsqueda. Sin embargo, el desasosiego inmerso entre porfía y abandono lo que hizo fue clavarme más al mismo punto donde ni avanzo ni retrocedo. Desde la orilla ellos observan el afán de mis manos sin imaginar siquiera que allende de esos nudos podridos de la malla, voy dando tumbos por los nebulosos despeñaderos de la poesía. Pero en eso sentí la vecindad de sus pasos y casi al mismo tiempo escuché la voz de Papaviejo.

-¿Cómo harán pa hacé esos barcotes tan altotes? Como aquel que se ve allá lejote, con ese pocotón e luces por toas partes -preguntó mi abuelo señalando la bahía del puerto más allá de los rompientes del Este.

-El viejo me dijo que de los árboles más resistentes al daño del agua sacan las tablas para armarlos y de los más altos hacen los palos que se llaman mástiles donde se amarran las velas. Pero antes de convertirlos en sostenedores de cuerdas y lonas para atajar el aire, ya esos árboles habían sido rompedores de vientos en los grandes bosques del mundo.

-¿Como el indioesnú que creció en la huerta e la casa? -preguntó Mamavieja.

-Y también como las ceibas que están en la acequia -le contesté.

-¡Esas sí que son grandes! -exclamó mi abuelo- Por eso son ladronas e papagayos.

-¡Y también de sueños! -les dije.

Mamavieja avanzó unos pasos hacia el mar y sentándose en la playa apoyó las palmas de sus manos en la arena bañada por la luna, mientras las plantas de sus pies se refrescaban con el fluir y reflujó del oleaje. Pero de pronto se alzó y comenzó a restregarse los pies contra la arena porque algo se había pegado a sus pies.

-¿Por qué le echarán porquerías al agua? -dijo con rabia.

-Vienen de barcos como aquel y de muchos otros, ¿quién conoce sus nombres? -le dije.

-¡Eso también se le va a pegá al barquito! -exclamó agitando el índice y siguió restregándose los pies.

-No, Mamavieja. ¡Jamás podrá pegársele! porque entre el velero nuestro y el mar hay una comunión de siglos y una promesa de limpidez entre la madera y el agua.

II

Ese otro día al igual que siempre, nos alzamos de un salto a esperar que el rubio regresara del septentrión donde seguramente aún estaría encamado con Andrómeda. Pero cuando retornó al Oriente y apenas estaba entreabriendo los párpados, Papaviejo y yo nos dimos cuenta de que el falucho se había liberado de su encalladura y ya íbamos mar adentro. Mamavieja nada sabía de lo sucedido y tranquilamente seguía en la cocina colando el café cuyo aroma se esparce ahora en la cubierta, mixturándose con todas las esencias que vamos respirando. A lo lejos asoman detrás de la serranía los primeros fulgores del alba y como el viejo navegante me dijo que esa era la mejor hora de pesca, comenzamos a preparar los anzuelos como me había enseñado. Al poquito mi abuelo lanzó su hilo de primero y aguardando la mordida contempla el cielo que conoce desde niño con sus lunas enteras y partidas pero desde otros puntos de la tierra. Mamavieja se acercó con las corotas de café cual dos incensarios en sus manos y mientras espera que las desocupemos va girando los ojos en torno, pero al mirar hacia el Este donde ya había amanecido, se dio cuenta de que estábamos bien lejos de la orilla y en eso escuchamos su grito:

-¡Miren aquel animalón! -señaló apuntando su dedo hacia el Naciente.

-¡A güen roliverio e bicho! -dijo mi abuelo- ¡Como pa dale comía a un ejército!.

-¡Y ta tirando agua pa arriba! ¿Será que quiere bañase? -inquirió Mamavieja y emocionada se acercó más a la borda.

-¡Miren aquellos también grandotes! -señaló mi abuelo.

-¡Pegan saltos pa arriba y después se clavan e cabeza! -exclamó Mamavieja emocionada.

-Se llaman delfines y están jugando al que salte más alto.

-¿Delfines? -preguntó mi abuela ensanchando los ojos- ¡Eso es malo ponele nombre e gente a los animales!.

-Pero a lo mejor pasó al contrario, Mamavieja. Es posible que ellos lo tenían de primero y fueron las personas quienes se lo robaron.

Mi abuela oyó atenta lo que le dije y de nuevo volvió los ojos hacia los clavadistas, cuando en eso oímos el grito alegre de Papaviejo y al virarnos ahí estaba pendulando su primera pesca en aguas grandes. Con un palo le golpeó la cabeza y luego empezó a quitarle las escamas, abrirlo y limpiarlo tal como hacía cuando era joven y pescaba en corrientes pequeñas, no con ganchos de acero, pues esta era la primera vez, sino con hierbas trituradas que al mezclarse con el agua los hacía flotar muertos en los remansos que hacían para atajarlos. Mamavieja agarró el pez y colgando de la cola lo llevó a la cocina para freírlo, mientras

nosotros volvimos a poner carnadas en el círculo de los cardúmenes al tiempo que la algazara de las aves se iba haciendo cada vez más grande, porque el intenso oleaje arrastraba en la turbulencia colas y cabezas plateadas que de pronto salían atravesadas en los picos y apenas por unos segundos se alzaban retorciendo sus cuerpos brillantes que luego desaparecían en los buches hambrientos. Pero repentinamente millares de gotas se desgajaron sobre nuestros cuerpos y corriendo fuimos a guarecernos bajo la techumbre donde el olor de la pesca nos llegaba desde la cocina y se unía al espiral de las arepas humeantes ya puestas sobre la mesa.

-No pudimos sacá más -le dijo mi abuelo a Mamavieja- Estos bichos del mar como que son muy mañosos y pa completá nos corrió el aguacero. ¿Será que ese alcanza pa el desayuno?

-Siempre nos ha alcanzado lo poco -le respondió mi abuela y nos sentamos a comer.

En los ojos de Papaviejo brillaba la alegría cada vez que sacaba los gajos de su primera anzuelada. Y mientras comíamos, también las aves desayunaban alegres en su azulado mesón, aunque de cuando en cuando rompían la armonía disputándose a picotazos la presa capturada. De pronto un pelícano se posó cerca de la puerta del cobertizo y girando el cuello hacia nosotros se quedó observándonos.

-¿Cómo se llamará ese bicho tan feo? -preguntó Mamavieja.

-Se llama pelícano y también alcatraz, pero el viejo marinero me dijo que en su pueblo los llaman buchones.

-¡Será jartones! -exclamó mi abuelo. ¡Porque no se cansan e comé!

-¡Velón! ¡Se te van a salí los ojos! -le gritó Mamavieja. ¿Es que querei comé pescao frito? -le preguntó y nos reímos porque el pajarraco extendiendo las alas y moviendo el pico de un lado a otro pareció responderle que no estaba interesado en el ofrecimiento.

-Dice que no le gustan sino crudos -dijo riendo Papaviejo, justo al instante en que otro pelícano pasó rozándolo y ambos alzaron el vuelo.

Mi abuela se quedó recogiendo las cosas de la mesa y Papaviejo y yo volvimos al lugar de los anzuelos. Iba adelante pero a mitad de cubierta se detuvo de repente y con el mirar desmesurado me señaló la enorme ola que a poca distancia venía entre relámpagos y truenos, al tiempo que el barquito empezó a dar vueltas ondulantes y apenas tuvimos los segundos que se necesitaban para llegar hasta las cuerdas que sostenían el palo mayor y allí nos aferramos, mientras la tempestad hacía traquetear el maderamen y rechinar las poleas de las velas que infladas en exceso parecía que ya estaban a punto de romperse. Y en una de las vueltas vimos a Mamavieja clavada al marco de la puerta y escuchamos que a cada estallido luminoso decía en voz alta:

-¡Santa Bárbara bendita!

Pero esta vez no acompañaba su arraigada invocación con la señal de la cruz. Sólo oíamos su exclamación a través de la borrasca que había convertido al falucho en una fantasmagórica silueta de donde surgíamos espectrales cual figuras chinescas, cada vez que los fogonazos retumbaban encima del velamen.

-El gran padre debe haber desatado todas sus furias -le dije a Papaviejo-. Pero yo sé que al hacerlo ha pensado en nosotros y por eso jamás hará zozobrar nuestro barquito.

Mi abuelo movió la cabeza reafirmando lo escuchado y otra vez volví a ver en su rostro como tantas veces, no sólo la ausencia del miedo, sino esa presencia de la fe ante lo más terrible de los devenires y más aún porque de pronto dijo:

-Así como vino se irá.

Y sucedió, pues repentinamente las fuerzas descomunales de la marejada se alejaron de nuestra embarcación y las aguas que nos rodeaban volvieron a la serenidad, quedando apenas una lluvia menuda que unos minutos después también se esfumó de nuestro entorno. Fue entonces cuando Mamavieja soltó el marco de la puerta y corriendo hasta donde estábamos dijo atropellando las palabras:

-¡Dios mío qué gran susto!.

-¡Y los que faltan! -le contestó mi abuelo.

-Dios manda sobre el mar y hará que nos lleve sanos y salvos hasta los lugares donde vayamos -les dije.

-Y cuando Dios quiere, ¡no hay fuerza que se oponga!
-exclamó Mamavieja y al decirlo, el resto de miedo que le quedaba se fue volando junto con los albatros, gaviotas y alcatraces que nuevamente habían retornado al sitio de la ribazón. Y nosotros empezamos a sacar el agua.

-¿Y pa onde quedará la otra orilla de esa aguamentazón? -preguntó Mamavieja y dejando de barrer giró la mirada en torno.

-Tiene muchas, abuela.

-¿Y nosotros pa cuál vamos?

-No lo sé. Solamente el mar lo sabe -le respondí y al virarme descubro que no estamos solos en la nave. Que más de veinte hombres nos miran sonriendo y entre ellos reconozco a Hércules, a Orfeo y Jasón por la secularidad de sus barbas. Comprendí entonces que también nosotros somos argonautas en busca del vellocino de oro y por eso, más allá de nuestra trimurti y casi desdibujado por la bruma esparcida sobre el velero, veo al poeta Homero escribiendo como un desesperado para que no escapen de su pluma esas presencias que nos acompañan. Y mientras aquél escribe, Ulises busca en los oráculos del infinito augurios y presagios hasta que al fin el designio aparece en el ojo de una estrella que desprendiéndose le señala el camino. Pero en eso volvió la tormenta aunque sin mucha fuerza y cuando corrimos hacia el sotechado también las presencias fueron a guarecerse en los remotos cobertizos del recuerdo. En ese momento pensé que si mis abuelos ya

eran marineros, tenían que conocer al menos lo más elemental de la navegación como me había enseñado el viejo pescador, aunque con esos conocimientos no llegábamos ni a grumetes. Así que cuando amainó la tempestad comencé a explicarles los lugares más esenciales del barquito.

-Esta parte de adelante se llama proa y la de atrás popa. El lado derecho se conoce con estribor y el izquierdo, babor.

-¿Y cómo sabe uno cuál es el derecho y cuál el zurdo, si los dos son igualitos? -preguntó mi abuelo.

-El viejo me dijo que como uno va siempre de frente, es fácil conocer cuál es uno y cuál el otro.

-¿Y esas paletotas pa qué son? ¡Tan güenas pa rebullí un saco e café tostao! -dijo Mamavieja.

-Se llaman remos y sirven para ayudar la embarcación cuando no hay viento que de acuerdo al lado por donde sopla le dicen sotavento hacia donde va y cuando viene le llaman barlovento.

-¡Tierra ardiente y del tambor! Tierras de las fulías y negras finas -cantó Papaviejo tamborileando sobre el cajón de los aparejos.

-Esa parte del medio es la cubierta y las baranditas que la rodean se llaman borda. Ese palo grande en el centro es el mástil o palo mayor y las lonas que atajan el viento se llaman velas.

-¿Velas? ¡Y de lona pa más vaina! -exclamó Papaviejo.

-¿Y onde toy cocinando cómo le dicen? -preguntó mi abuela.

-¡Cocina!, ¿y cómo más? -le contestó Papaviejo y caminó hacia donde tenía sus anzuelos que ya se habían convertido en su pasatiempo más gratificante, pero esta vez no lo acompañé porque tenía que continuar mi trabajo en la atarraya que había montado sobre la techumbre. Mamavieja volvió a la cocina y cada quién imbuido en su quehacer iba consumiendo las horas, mientras a su albedrío, con las velas hinchadas de ilusiones lejanas, el falucho apuntaba hacia el sendero que él mismo había marcado en su rosa de los vientos.

III

Seguí en los nudos de la red bajo el cobijo del velaje, pero como el pensar volvió a llevarme a los escarbaderos del tropo y no tenía a mano el cuaderno de notas, bajé a mi refugio del cobertizo cuando sentí el pálpito de un verso primerizo que venía en volandas. Sin embargo las horas transcurrían y de las excavaduras no sacaba más que cascajos indignos del papel, hasta que caí en un letargo y ahí permanecía flotando en la nada, cuando súbitamente oigo voces y al volverme veo a los lusitanos atareados en las jarcias de la nave. Abrigados con ropas de lana sin esquilmar cantan y se burlan del frío al tiempo que ajustan las cuerdas en los mástiles de la nao capitana ya lista para zarpar adelante y demarcar el rumbo de las otras. La ración de vino empurpura los labios silbadores y cuando el último nudo queda ceñido al palo central de los velámenes, Vasco de Gama ordena que suelten las amarras. Los ojos vuelven al interior de la bodega, pero de pronto un ruido a mis espaldas hace voltearme y entonces descubro al polizón oculto en lo más sombrío del barco. «¡No le digas nada al capitán!» –suplica y desde la penumbra deja escapar la luz de su único ojo, pues el otro solo le sirve para mirar sus mares interiores. «¿Cómo te llamas?» –le pregunto. «Me nombran Camoens y viajo escondido porque soy muy pobre».

«¿Eres marinero?». «No, solo poeta del destierro, la cárcel y el olvido» –responde y desde el lóbrego rincón, el farolito de su rostro aminora la lumbre melancólicamente. «Y si no eres del mar, ¿por qué te has embarcado?» «Porque tengo el presentimiento de que este viaje será una gran aventura y quiero escribirla, ¿comprendes?» –dice y en su único candil se aviva la impaciencia esperando mi respuesta. Afirmo con la cabeza y girando el cuerpo, fijo el mirar en la impoluta que aún yace sobre la mesita, al igual que yace en mí el abatimiento por la tardanza de los versos que una vez más me han hecho equivocar el camino y ahora estoy en un dédalo sin hallar la salida. Absorto, sigo avanzando a tientas, manoteando tinieblas infinitas, cuando de pronto aparece una luciérnaga ondulando más allá de mis ojos, justo el instante en que escucho la voz de Mamavieja al otro lado de las sombras.

-¡Rafaelangel, vení a ve el arco tan bonito!

El lápiz se desgonzó sobre la hoja y cuando salí a cubierta, ¡ahí estaba el poema! en aquel haz de colores vivos y translúcidos en medio de un rebaño de nubes y cirros bogavantes, entre millares de plumas y chillidos inmersos en la oblicuidad de la lluvia y el ulular del viento que desgajando gotas las derrama sobre la fuente luminosa del cíclope marino, cuya sonrisa es ahora más grande que su boca por el contento que le ofrendan las piruetas de los saltarines. Y al volverme, veo que también en el iris de mis abuelos se ha posado la fulguración del gozo y desbordándose luego en la llanura de sus pechos, corre a su albedrío dando

brincos de carnero quien sabe hacia dónde, quizás hasta las altas planicies donde algunos dicen que habita la eternidad del hedonismo o tal vez al igual que ayer y anteayer, no pasará de ese lugar sembrado de filosos escollos donde se estrellan siempre todas las alegrías.

-Dicen que pa el lao onde tienen la cabeza, guardan ollas e morocotas -dijo Papaviejo.

-¿Y cómo sabe uno pa que lao ponen la cabeza y pa cual el rabo? -preguntó mi abuela sin despegar los ojos de la curvatura.

-¡Ahí ta el secreto! -le contestó Papaviejo- Y el que lo descubra, ¡será muy rico!

-¡Dígame eso! Con tantísima agua, ¿cómo va a podé un pobre cristiano encontrá el aposento e la plata? -dijo Mamavieja.

-Pa mí que la cabeza de este ta pa aquel lao -dijo mi abuelo señalando un punto del horizonte.

-¿Hacia el Oeste? -le pregunté.

-No sé, pero es pa allá, pal mismo lao onde se mete el sol -contestó mientras con la mano de canto hendía dos veces el espacio.

Consideré entonces que también debía enseñarles los cuatro cardinales más el arriba y el abajo de los taoístas al igual que aquellas otras cosas en las que me había aleccionado el viejo marinero. Me oyeron atentos y cuando creí que ya les había nombrado todas las par-

tes del falucho guardé silencio, pero en eso Papaviejo preguntó:

-¿Cómo se llama ese jierro que ta colgando allá adelante?

-Esa es el ancla -le contesté alegrándome por haberse percatado de algo tan importante que se me había olvidado mencionar.

-¡Parece una cruz con los brazos pa abajo! -dijo Mamavieja.

-¿Y eso pa qué sirve? -inquirió mi abuelo.

-El viejo me dijo que se utiliza para fijar la embarcación en un punto del fondo para que no la arrastre la corriente. Se dice echar el ancla cuando uno la tira y levar cuando se saca del agua. Ella es la que detiene la marcha o le permite a las velas su anhelo de distancias. Es como hermana de las aguas y por eso conoce sus secretos más íntimos. Es la temporalidad de lo que avanza o dice hasta aquí, hasta más allá o hasta más nunca -les dije y al quitarme los ojos de encima, Papaviejo volvió a sus anzuelos y mi abuela caminó hacia la barandilla contraria para llenarse de océano desde esa parte. Me acerqué a Papaviejo y estábamos conversando de la pesca, cuando en eso escuchamos a nuestras espaldas la voz de Mamavieja:

-¡Barco a estriborrrr! -y solté una carcajada porque la ere final aún sibilante hacía trapear la banderita de la patria.

Corrimos hasta la borda y del lado Norte venía la colosal embarcación que había llenado de asombro los ojos de mi abuela. Y ya más cercana calculé que en ella cabían holgadamente cientos de barquitos como el nuestro.

-Es un trasatlántico -les dije- ¡Cuánto tendrá de eslora!

-¿De lora? -inquirió mi abuelo con un gesto de incredulidad.

-El viejo me dijo que eslora es el nombre de la medida que tienen los barcos desde la proa hasta la popa.

-¿Y cuánto tiene el de nosotros? -preguntó Mamavieja.

-El viejo no me lo dijo. Pero yo le calculo unos diez metros de eslora.

-¡Será de perica carasucia! -exclamó riendo Papaviejo y lo seguimos en su risa mientras a la distancia la enorme embarcación se iba haciendo cada vez más pequeña hasta igualarse con la nuestra.

Mamavieja se fue con mi abuelo para que la enseñara a pescar y yo volví al lugar de los tormentos poéticos. Pero al llegar me arrepentí y enrollando el cuaderno lo metí en el bolsillo trasero del pantalón para tenerlo cerca, por si de un momento a otro aparecían los endiablados versos y luego subí al techo a seguir trabajando en las roturas. De cuando en cuando me volvía hacia ellos y esbozaba una sonrisa, porque Mamavieja lanzaba los anzuelos con su mano zurda y a cada intento, el hilo se enredaba en cualquier parte. Pero como esto

sucedía muy seguido, entonces Papaviejo daba en el piso su inveterado talonazo con el pie derecho para expresar su enojo y luego se encaramaba a desengancharle el anzuelo. No sé qué le diría a mi abuela, pero de pronto ella abandonó la pesca y se dirigió hacia la proa, mientras yo seguía atando nudos y perseverando símiles y metonimias que no llegaban al papel, cuando intespectivamente la voz emocionada de Mamavieja rompió el silencio de los tres.

-¡Vengan rápido pa que escuchen unas mujeres que tan cantando!

Acudimos a su llamado y al prestar atención a la melodía que nos llegaba quien sabe de dónde a través de la bruma, pensé en las deidades del mar.

-Deben ser las deidades marinas, hijas de Nereo y Doris que según la leyenda parió más de cincuenta muchachas.

-¡Y a marrana, carajo! -exclamó riendo Papaviejo.

-Yo creo más bien que andan en un barco -dijo mi abuela y giró la mirada en torno como queriendo abrir una hendidura en la brumosisidad, al tiempo que Papaviejo alzando su mano izquierda, comenzó a puntear en el aire con sus dedos y unos segundos después sentenció:

-¡Son unas viejas las que están cantando!

-¿Y cómo sabéi que son viejas, si ni siquiera se sabe de aonde vienen las voces? -le preguntó mi abuela.

-Porque cantan como mascando el agua, ¡y por eso desafinan las notas! -le contestó Papaviejo.

La coral se iba escuchando cada vez más cercana a medida que la quilla dividía la bruma, cuando en eso una fuerte ventisca despejó las aguas, pero no había en todo aquello ninguna embarcación.

-¡Será entonces por debajo que tan cantando esas viejas! -exclamó mi abuelo.

-¡Por lo visto así parece! -dijo Mamavieja y alargando el cuello comenzó a escudriñar la superficie y en eso volvió a mi memoria el recuerdo de los nautas del Egeo.

-A lo mejor son las mismas sirenas que escuchó Ulises que aún siguen cantando en las profundidades del mar.

-¿Sirenas?, ¿Y eso que es? -preguntó Mamavieja.

-Dicen que son mujeres de la cintura para arriba y peces de la mitad hacia abajo. Y según cuentan, hay que taparse los oídos con bolitas de cera para no escucharlas, porque el que lo haga y además las mire, quedará hechizado y luego se lo llevan a una isla encantada de donde jamás podrá regresar -les dije y entonces Mamavieja corrió a la cocina y al poquito venía metiéndose la esperma de una vela en los oídos. Pero Papaviejo, atento a los sonidos seguía punteando sus cuerdas invisibles mientras con la otra mano rasgaba las primas y bordones de su bandolín.

-¿Ya se callaron? -preguntaba mi abuela cada ratico y Papaviejo sin dejar de tocar movía la cabeza negativamente.

Ahora se oían más nítidas las voces y de pronto el crescendo borbotó de las olas cuando llegamos al punto donde sin duda alguna estaría enclavado su santuario. Y entonces más rápido sonaba el cordaje en las manos de mi abuelo, hasta que el coro empezó a declinar piano piano para quedarse luego en un adagio largo y sostenido hasta que las notas se apagaron en la estela que dejamos al pasar.

-Ya se callaron -le dijo Papaviejo a mi abuela y entonces se sacó las peloticas de sus orejas mientras en silencio miraba hacia donde ya no quedaba ni el eco de los cantos.

-Por Penélope, el navegante Ulises venció la tentación de las sirenas -les dije- pero para no ser encantado, ordenó que lo amarraran al palo mayor de la nave y aún con el tormento de las voces, no quiso que lo desataran.

-¿Quién era ella? -preguntó Mamavieja.

-Una mujer como usted. Con el mismo tamaño del amor y la misma dimensión de la fidelidad. Con los mismos fundamentos de la fe en sus dioses y el mismo temple en el acero de esa espada que se forja para enfrentar las mil cosas del vivir -le dije y como ambos amaban las historias comencé a contarles lo escrito por Homero, hasta que el sol tendió una alfombra rojiza sobre el agua, pero pasé de largo hasta que del trazo bermellón

sólo quedaba una mancha violeta pegada al horizonte y aún seguí más allá, hasta que aparecieron los primeros luceros junto al perfil menguante de la luna que nos miraba de soslayo y sólo me detuve cuando de un zarpazo el sueño derribó nuestros párpados para encender el fanal de los soñares. Y veo entonces a Mamavieja destejiendo la trama que había elaborado desde el amanecer, mientras sus pretendientes la acosan para que escoja marido, pues ese de su amor jamás retornará al lugar de donde partió hace más de veinte años. Y el reino no puede continuar sin gobernante sólo porque una viuda se encapricha en tejer y destejer lo hecho, mientras empecinadamente aguarda la vuelta de aquel que según las voces ciudadanas fue tragado por las aguas. Pero sorda ante las palabras amorosas, solamente les promete que cuando termine el lienzo que ha comenzado, fijará sus ojos en alguno de ellos. Sin embargo, sólo vive para el ausente y por eso lo que hace en el día lo desbarata en la noche entre largos suspiros, como ahora que nuevamente deshace lo tejido. Pero esta vez, una mariposa iridiscente ha tocado su frente y entonces la aguja con el hilo colgante se alza en su mano temblorosa y apuntando con ella hacia el lugar que le grita el corazón, la convierte en imántica brújula del amor eterno. Y justo en ese instante veo a Papaviejo en lo más alto de la arboladura, envuelto en el frenesí de su bandolín, mientras un coro femenino brota del jardín de las algas y enlazando sus notas al silbo del viento que hace volar la nave, celebran la alegría del que viene a desmentir su muerte, como ya lo hizo la aguja tantas veces en cada vuelta del hilo y en cada gota amarga de la espera.

IV

De nuevo el vocerío de la lluvia llegó hasta mi refugio golpeteando el metal del techo. Pero esta vez, sus notas asordinadas parecían más bien el inútil rebato de una pequeña, antigua y rota campana de la capillita de una aldea abandonada a su propia suerte. Y al escuchar el plañir de ese badajo, una imagen difusa comienza a definirse y veo entonces a los pescadores que se negaron a marcharse de su terruño parados frente al mar, con las manos alzadas en plegarias, porque las aguas, ahora teñidas de colores extraños se han empobrecido y a sus riberas límpidas en otros tiempos solo llegan cadáveres marinos. Y por eso es grande el silencio de las aves acuáticas y por eso también enorme el mutismo de sus voces, orando hacia adentro, pues ya no hay oídos para escucharlos desde ninguna parte, aunque griten hasta quedarse roncadas las voces de la lluvia que sin parar sigue repiqueteando sobre el techo y la vieja campana que de pronto calló cuando mi abuelo entró corriendo al cobertizo y dijo que el invierno lo había ahuyentado otra vez del lugar de la pesca.

-¿Por qué en el mar lloverá tan seguido? -inquirió Mamavieja.

-Porque el agua busca el agua -le respondió mi abuelo.

-¡Dígame eso! ¡Como si el mar necesitara más agua!
-dijo Mamavieja.

Pero no tardó en escampar y cuando los pájaros volvieron a alborotarse por lo abundante de la cacería, Papaviejo, ya atrapado por la pasión de la pesca retornó a sus anzueleadas y mi abuela continuó su quehacer en el fogón. Por un instante vacilé si me quedaba en mi rincón del sotechado pero finalmente decidí llevarme los útiles de escritura al sitio de labor, pues tenía el presentimiento de que la esquivaba lo que quería era jugarme una mala pasada, presentándose en el momento que menos la esperara. Pero cuando iba subiendo la escalerita del techo una forma indefinida asomó a mi mente. ¿O acaso fue el mercante quien emergió primero con su silbato ronco y su humareda apenas visible entre la brumosidad? ¿O era solamente su imagen atávica, reiterada en mi sangre a través de aquellos que me precedieron en ese lugar remoto donde todo era en sus alrededores y más allá del Teide? Lo cierto es que de pronto sentí mis pies sobre la escalerilla de un galeón y al mismo tiempo el golpetazo de la primera palabra y luego otras y otras que al juntarse dicen en lo profundo: «Somos un haz de cardinales vivos y por eso Dios puso en nuestras manos la rosa náutica de la dignificación o transgresión de todos los linderos. Y no importa si están bajo la luz o entre las sombras sino hacia donde la proa se encamina, siempre inmanente a todos los destinos». Medito lo escuchado y al mirar a mi izquierda descubro un cabo suelto en la vela mayor y cuando lo anudo, veo las manos de Papaviejo pasando la cabuya por las argollas de la puerta de nuestro

bahareque. Y cuando termina la amarradura, los dos me acompañan en la fría madrugada hasta la calle real, con su hilera de focos mortecinos y su silencio apenas alterado por el desvelo de los gallos. Escucho clarito el de mi casa y cuando levanto la frente miro los ojos llorosos de Mamavieja, porque ya en el puente-cito de la acequia comienzan a reflejarse los faros del autobús y alargando sus luces sobre la terrosidad de la calle, hace crecer nuestros cuerpos en el encalado de las paredes. Y ya sobre el asiento oigo sus bendiciones, pero al asomarme por la ventanilla veo que el rostro de Papaviejo es un hontanar donde dos pequeños jagüeyes se niegan a borbotar el agua y apenas han humedecido la orilla de los párpados. Y cuando dicen «¡Que Dios te acompañe!» escucho el ruido de la raíz al quebrarse en lo hondo y al mismo tiempo la voz de un niño que me grita adentro: «¡Adiós Nonato-Renato inmigrante! nacido, malnacido o renacido, ¿Qué más da para el andar de los caminos?» Y de nuevo el silbo retumbante en la ruta del Sur me hizo mirar hacia el siguiente travesaño que conducía hasta los podridos cordajes de la red.

Bajé del techo cuando mi abuela me llamó a comer el hervido hecho con el segundo pez que había sacado Papaviejo. Mientras almorzábamos, mi abuelo habló de uno grandote que se le había escapado y al seguir conversando de lo mismo me enteré entonces del por qué Mamavieja había abandonado su aprendizaje en la pesca, pues mi abuelo le dijo que si cada ratico iba a perder el tiempo desenredándole anzuelos, mejor que fuera a pescar en la olla donde estaba cocinando.

Largué una risotada que Papaviejo acompañó con la suya, no así mi abuela que todavía seguía picada por lo que le habían dicho, pero contagiada por nosotros también soltó la risa. Papaviejo se levantó de primero, porque a medida que pasaban los días más grande se iba haciendo esa felicidad que al fin había encontrado en el lugar de sus cordeles y ahora su único sueño entre los tantos derrumbados en la nada, era sacar un gran pez de las profundidades. Me dijo que había puesto el más grande de los anzuelos, con buena carnada y una cuerda bien larga y gruesa, porque en ese lugar donde estábamos había visto alargarse sus sombras bajo el agua. Mamavieja empezó a recoger los utensilios de la mesa y luego que los llevó a la cocina se puso a limpiar el mantelito de hule negro con flores de tulipanes rojos. Saqué el cuaderno del bolsillo y aplanándole la portada la doblé hacia atrás y de nuevo apareció la virginal como había salido del taller de encuadernación. Por un momento tuve intenciones de convertirla en diario de a bordo, como me había sugerido el viejo marinero, pero rechacé la idea ya que no se me haría difícil recordar después todos los aconteceres de la travesía. Y porque además de eso consideraba que era primordial aquello donde ya había invertido demasiadas horas sin resultado alguno. Así que le pedí más café a mi abuela y con un cigarrillo tras otro recomencé la persecución del perdedizo tropo, sin importarme el transcurrir del tiempo y mucho menos percatarme de lo que sucedía a mi alrededor. Y bien lejos andaba cuando súbitamente se enganchó en mi anzuelo una enorme metáfora con características de aguja azul por la fuerza desmedida

con que templó al morder, pero en ese mismo instante Papaviejo gritó que corriéramos en su ayuda. Vacilé unos segundos porque mi pez no parecía haberse tragado totalmente la carnada y no quería perderlo. Pero el siguiente llamado de mi abuelo hizo que Mamavieja pasara frente a mí como una bala y soltando el cordel dejé que el mío se fuera para acudir en auxilio del que llamaba con urgencia. El tercer pez de Papaviejo venía de las aguas profundas al igual que el que había sido mío sólo en la fugacidad de un segundo. Pero el suyo tenía esa bravura que multiplica la sobrevivencia y por ello la fuerza de mi abuelo no alcanzaba para traerlo hasta el costado del falucho. Y entonces los tres luchamos fieramente contra él solo, hasta que su cabeza llegó a la barandilla de la borda donde dio un último coletazo que retumbó en lontananza, justo al momento en que Papaviejo le hundía el filo del machete en el lugar donde tenía la vida y cuando se fue del mundo lo subimos hasta la cubierta.

-¡A güen penco! -exclamó Mamavieja con sus manos sobre las sienes y se quedó observando la enormidad de aquellos ojos que aún muertos, transparentaban todo lo que habían visto en su bosque de sargazos.

-Con una sola rueda comemos los tres y tuavía sobra -dijo Papaviejo.

-Menos mal que tenemos bastante sal, así no se echará a perder lo que nos sobre -dijo mi abuela.

Los dejé abriéndoles canales al gigante y regresé al lugar donde minutos antes había dejado escapar el mío

por si volvía a engancharlo si no al mismo, por lo menos a un gemelo suyo o cualquier otro pariente de la familia tropológica. ¿O acaso ambicionaba aquel llamado K'un que según el filósofo Chuang-tzu, medía más de cien millas y tenía la propiedad de convertirse en ave y volar hasta el cielo? ¡Y cómo no desear que fuese como aquel! si toda la vida no había pescado más que sardinitas poéticas en diminutos charquitos literarios y uno que otro oxímoron que no llegaba ni siquiera al tamaño de un camaroncito lírico. Aunque el viejo marinero me advirtió que mientras más grandes eran, más mañosos se volvían. Porque la dolorosa experiencia de algún enganche o cortadura en las agallas les había enseñado a ser desconfiados de todo aquello que fuera extraño a su hábitat. Debía ser por eso entonces que a través del cordel y de mis dedos sentía que husmeaban el cebo y luego de rozarlo levemente como para testimoniar su presencia se alejaban quizás con indiferencia y hasta riéndose burlonamente de la estúpida porfiadez de mi anzuelo moviéndose sin parar hacia arriba y hacia abajo, pues el desiderátum había adherido la cuerda a mis manos de tal forma que era imposible zafarme. Pero de pronto escuché un caracol lejano y a un mismo tiempo una voz que susurró en mi oído: «Más esencial que atrapar a ese gran pez es saber que existe en un lugar cualquiera. Tal vez en el más insospechable». Y con la voz reiterándome lo mismo, volví los ojos hacia la puerta que enmarca el colosal espejo que súbitamente vacía su azul profundo para quedarse solo en añil transparente. Y entonces, a través del prisma que me ofrece, veo el pozo cristalino

de la acequia bajo las sombras del trompillo y la ceiba y el chirimoyo madurando sus frutas, mientras de las ramas y los mogotes florecidos brotan aromas penetrantes y mariposas y colibríes se alternan los azules y amarillos y rojos de las corolas al tiempo que ranas y grillos y cigarras, trezados al gorjeo de los pájaros, desbordan acordes que al unísono suben y bajan hasta donde el agua besa todos los espacios de mi piel pequeña y desnuda. Y al mirar hacia el fondo de arenillas blancas, veo al gran pez durmiendo plácidamente entre sedas polícromas y tules fosforescentes, inasible al tacto del acero y sólo tangible al dedo del ensueño. Y para no despertarlo, salgo del agua en la punta de los pies al mismo instante en que el creyón se desplomó sobre la immaculada y en tres zancadas llegué al sitio donde mis abuelos seguían metiendo sal en los sangrantes surcos. Pero al mirar también seguían aquellas hendiduras que el tiempo había trazado en sus rostros sudorosos, vi la pequeñez de sus alegrías junto a las grandes improntas de sus tristezas guardadas en las arcas del silencio. Afanados como estaban en preservar el pez no habían advertido mi presencia. Pero siempre hubo una voz que al oído les repetía mi nombre y al escucharlo de nuevo posaron sus ojos en mí con la misma ternura de todos los días y los años.

-Tuavía nos falta como la mitá -dijo Papaviejo y polvoreó otra cortadura desde la cabeza hasta la cola.

-¡Tenemos comía como pa un mes! -exclamó alegre mi abuela.

-¡Que bueno, Mamavieja!

-¡La suerte nos llegó enterita! -dijo mi abuelo.

-¡Porque Dios no se ha olvidado de nosotros! -musitó Mamavieja y juntando sus manos rojiblancas las apoyó sobre su frente para dar las gracias al cielo.

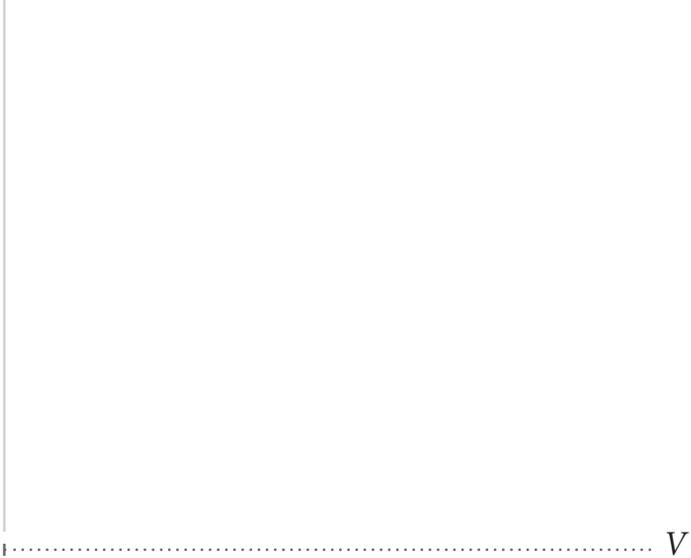
-¡Así tenía que ser, Mamavieja! Porque lo que tuvimos siempre fueron pequeñas cosas que cabían en el puño de una mano. Nunca había nada en nuestra casa y sin embargo, el tranco más largo de las noches nos ha encontrado acostados con una gran sonrisa. Y al despertar antes del alba, esa sonrisa aún perdura en nuestros labios cual flor inmarcesible, como ha sido desde siempre esa que se abre cada día en la esperanza de los pobres. Ahora tenemos esta enormidad de pez, la grandeza de este velero y la inmensidad del mar. ¡Y tanto poseemos en este instante que hasta tengo miedo de que tengamos tanto!

Y pensando en lo que acababa de decirles sentí deseos de filosofar sobre las carencias y las abundancias y más que en eso sobre la riqueza y la miseria. Pero al mismo tiempo recordé que era mucha la trilla que había revuelto esos terrones desgastados y echarle un grano más al surco no valía la pena. Y porque además de eso, no iba a faltar algún pájaro escarbador de semillas ya desmenuzadas y clasificadas en un montón de libros que oralmente o por escrito me dijese lo que no iba a poder refutarle con mi filosofismo bizantino. Pues si todavía no había podido ensartar ni siquiera un pececito metafórico, teniendo un océano para mí solo, mucho menos podría arponear ningún texto en las estanterías del génesis ni en las alforjas de la exége-

sis para contradecirle a nadie sus verdades absolutas. Así que con un gesto de manos y un ¡bah! simultáneos aventé bien lejos mi pretensión logodiarreica y regresé de nuevo al lugar del silencioso acecho, donde al menos el azar podía con un solo tiro de dados enganchar en la curvatura a ese mañoso espécimen nunca visto por ojo alguno y por lo tanto jamás analizado en ninguna gélida mesa de disección, ni celebrado con vivas entre socios de una misma cofradía y mucho menos preterido o negado por la mezquindad del ocultamiento. Sin embargo, un momento después volví a la atarriya, sin pensar en ninguna otra cosa sino únicamente en la firmeza de los nudos, mientras ellos en silencio seguían trabajando en la salazón, hasta que encima de la espuma se tendió un callejón bermejo y tomando para sí los cardinales, las aves marcaron la ruta de sus nidos y luego atravesaron contraluces y arreboles.

Después de cenar a placer con la gran rueda y arepas recién hechas salimos a cubierta para terminar de llenarnos con la frescura nocturnal. Y mientras las palabras iban y venían con su mismo vestuario de sencillez que siempre habían llevado encima, pasábamos de lo cotidiano a las reminiscencias y por alguna similitud emergía de ellos fragmentos de sus vidas pasadas en individualidad o compartida desde que el destino los enrumbó por una misma vereda. Sólo las voces del agua y del viento interferían de cuando en cuando el sonido de nuestros labios al tiempo que iban apareciendo los primeros puntos centelleantes y al ratico ya no quedaba espacio para una iridiscencia más. Sin embargo, la que yo aguardaba ¿a cuántos años luz distaba de esa

hoja virgen todavía? me preguntaba con desconsuelo, mientras ellos imperturbables seguían surcando a través de sus pupilas los inmensurables caminos espaciales colmados de luciérnagas inmóviles.



Pensando que la frescura del amanecer me sería propicia al hallazgo, tome café y luego volví al rincón de la agonía. Papaviejo y Mamavieja hacía rato que estaban en el lugar de la pesca sin sacar nada, pero de pronto mi abuela llegó corriendo y llamándome.

-¡Mirá el que pesqué yo sola! -dijo emocionada y alzó el pececito por la cola.

-¡La felicito, Mamavieja! -dije alegrándome y en eso entró mi abuelo.

-Tú no te imaginai ¡cuántos anzuelos perdimos pa que sacara ese recién nació! -me dijo Papaviejo.

-¡Eso no importa! -le respondió mi abuela- ¡El próximo será bien grandote!

-¡Sí es que tuavía nos quedan anzuelos pa sacalo! -le contestó mi abuelo medio en serio y medio en broma.

-¡Y me lo voy a comé yo solita! ¡escuchate? -dijo Mamavieja y entró a la cocina.

-¿Y quién te va ayudá? ¡Lo más seguro es que se lo coma el sartén! -le contestó riendo Papaviejo.

-Por ta encerrao escribiendo no viste el otro arco, más bonito que el primero. ¡Y eso que te llamé varias veces!
-dijo mi abuela.

-A lo mejor es el mismo que ta empeñado en decinos aonde es que esconde los reales -le contestó Papaviejo.

-¿Y si es más bien pa atrás que tiene la cabeza? -inquirió mi abuela.

-Güeno, si la cosa es así, ¡entonces agarramos la plata cuando vengamos de allá pa acá! -le respondió Papaviejo.

-¡Del timbo al timbo! -exclamó mi abuela alzando los brazos.

-El viejo pescador me dijo que sólo andando se conocen los caminos.

-¡Y eso es verdá! -sentenció Papaviejo agitando el índice-. También la vida es un camino ¿y cómo la conocemos? ¡andando!

-¿Cómo el judío errante? -le preguntó mi abuela sarcásticamente y al escucharla un tropel de palabras entraron a mi mente y con la misma comenzaron a salir.

-Ese Ahasverus, al que ya no le queda espacio para el pan, se solaza en tu hambre con el mismo placer de las lagartijas en las piedras soleadas. Ese Ahasverus redivivo para seguir negando sorbos, es el mismo que le dijo no a la sed de Jesús y aún sigue sonriendo por lo que hizo y por la condena de no hallar jamás lugar alguno donde sembrar sus huesos. Ese Ahasverus, na-

vegará los siglos con la misma sonrisa ante el llanto de los demás, porque nada le importa la agonía de su errancia ni el peso agobiante de su condenación -les recité, pero como ambos permanecían perplejos, pues de ese aguacero de palabras apenas habían entendido aquellas que eran familiares a su oído, creí un deber humano decirles que Ahasverus era el nombre del judío que le negó un jarro de agua a Jesucristo cuando lo llevaban camino al calvario y por eso Dios lo había condenado a andar errante eternamente.

-¡A diablo maluco! -exclamó Papaviejo.

-¡Bien hecho que Dios lo castigó! -sentenció mi abuela.

Trabajé una jornada bastante larga en los remiendos y ya eran muy pocos los agujeros que faltaban para concluir el entramado. Bajé a cenar y unos minutos después se desgranó un chubasco tormentoso pero así como llegó se fue y sólo quedaron algunos fucilazos intermitentes que a veces llegaban hasta la mesa iluminando nuestros rostros. Papaviejo se alzó de la silla y luego se paró en el marco de la puerta, al tiempo que Mamavieja llevó las cosas a la cocina pero enseguida regresó y se arrimó a su lado para mirar el cielo desde ese punto. Mi abuelo le pasó el brazo por el hombro y en eso me levanté y volví al rincón de mis pesares. Estiré el cuaderno bajo la lámpara, pero de pronto una ráfaga de aire y luz bañaron los torsos de mis abuelos y penetrando hasta mi espacio, uno tumbó la lumbre de la mecha y la otra se esparció sobre el papel haciéndolo aún más blanco a pesar de lo sucio y ajado por tanto manoseo.

-¡Tenemos luna llena! -dijo emocionado Papaviejo.

-¡Qué bonita se ve! -exclamó mi abuela. ¡Vení pa que la viai! -dijo en voz alta y entonces fui y me encajé en medio de los dos.

-El viejo marino me dijo que eso indica buen tiempo.

-¡Y sería güeno! -dijo Mamavieja- ¡Porque yo me asusto mucho con esa tronaera!

-El viejo también me dijo que junto con ella vienen buenos vientos para rendir camino.

-¿Y cómo cuánto nos faltará? -preguntó Mamavieja.

-¡Menos que cuando nos embarcamos! -le respondió mi abuelo.

-¡Mirá aquella estrellota que ta cerquita de ella! -señaló Mamavieja.

-¡Y más allá de las dos ta Dios! -dijo mi abuelo.

-¡Y también Jesucristo! -exclamó Mamavieja y atraídos por las fuerzas estelares salieron del cobertizo para meterse bajo la comba celeste.

Volví a prender la lámpara porque repentinamente sentí el soplo de una metáfora con visos de trascendencia. Pero esta vez no venía de abismales hendiduras oceánicas sino de la inconmensurabilidad del infinito. Pensé entonces que era en la hiperbórea nebulosa del cisne donde se hallaba el evasivo tropo y hacia allí orienté mi persecución que hubiera continuado quien sabe hasta dónde ni hasta cuándo, si la voz de

Papaviejo no hubiera llegado a mis oídos con la potencia necesaria para alcanzar mi vuelo.

-¡Vení a ve los luceros que se tán cayendo! -escuché a lo lejos, justo al instante en que ya había traspasado los predios de la Osa Mayor y estaba agitando alas para seguir hasta el umbral de su hermana menor.

-¡Apurate! -gritó Mamavieja a todo pulmón y soltando el lápiz corrí a cubierta pero apenas pude ver la puntica del celaje cuando se disolvió en las fronteras del crepúsculo. Animado por ellos nos repartimos el firmamento mirando hacia puntos diferentes, pero aunque esperé un rato bastante largo no cayeron más.

-Yo taba esperando que se cayera aquella grandota. -dijo Mamavieja apuntando el índice hacia la Polar que aún seguía titilando frente a sus pupilas inmersas todavía en el asombro que le había dejado el vertiginoso derrumbamiento de los astros.

-El viejo me dijo que esa nunca se caerá.

-¿Y por qué? Si las otras se despegan ¿esa también puede caerse! -dijo Mamavieja y mi abuelo la apoyó con un movimiento de cabeza.

-Menos esa, abuela.

-¡Tendrá corona! -exclamó Papaviejo.

-El anciano pescador me dijo que Dios la puso ahí para señalar el rumbo de los que navegan hacia el Norte y aquella otra guía a los que van hacia el Sur cuando no llevan brújulas en sus embarcaciones.

-¡Como nosotros! –sentenció Papaviejo.

-Así es, abuelo. Pero nosotros no la necesitamos ni tampoco maniobrar el timón. Navegamos a la deriva y da lo mismo que surquemos los rumbos bajo la más brillante claridad o entre la más densa tenebrosidad, pues alguien superior a todas las cosas siempre nos protegerá de todos los naufragios.

-¡Porque sólo Dios sabe cómo cuidar sus criaturas!
–dijo Mamavieja y engarzando el brazo de mi abuelo se fueron caminando hacia la popa.

Me quedé mirando sus pasos aminorados por los años y la palabra amor se asomó a mi mente pero no tuve valor para escribirla y dejé que se fuera con la misma limpidez y diafanidad que había llegado. Y cerrando todos los grifos del pensamiento, dejé al garette la nave de mí mismo al tiempo que la otra se enrumbaba hacia los confines del universo. ¿Cuántas lunas y soles pasaron? no lo sé. Solo sé que al marcar el retorno apuré las manos para recobrar los días perdidos en mi búsqueda inútil y cuando amarré el último nudo de la red miré hacia donde estaban mis abuelos para decírselo pero ya hacía tiempo que se habían ido a descansar en paz, tal vez con los ojos colmados de todos los fulgores marinos y celestes. Me alcé entonces y ya de pie sobre el techado alargué el mirar hacia los cardinales y luego columbré lo inmensurable de la bóveda volcada sobre mis cabellos. Pero de pronto la brumosisidad cubrió todos los espacios del velero que a tientas seguía navegando hacia el no sé dónde y meciéndose suave y placenteramente como un anciano en el preámbulo de

su duermevela. ¿Por qué miré otra vez hacia el Sur si ya lo había hecho? no lo sé. Pero al hacerlo se disipó la niebla y entonces vi a lo lejos los primeros destellos sobre la cresta oscura de los cerros y luego el río serpenteando hasta su estuario en la rada del Oeste. Y desde ese punto hacia el Este, la resaca iba tendiéndose en sinuosidades espumeantes hasta el umbral de los arrecifes donde el oleaje estrellaba sus furias sucesivas antes de penetrar en la quietud del pequeño embarcadero aún invisible para mí. Pero cuando la aurora en plenitud, puso los pies sobre el último palmo de la colina que encerraba la ensenada, vi entonces la ramazón del uvero clareado hasta en la desnudez de sus raíces y esa misma luz galopando sobre el agua llegó hasta la proa del barquito y subiendo a bordo, se esparció sobre la red y el lápiz y la hoja. Me quedé observándola sombríamente y de repente el creyón enfurecido se precipitó sobre el papel trazando la primera línea del falucho y luego otras y otras a medida que la proa enfilaba hacia la costa. Y cuando la marea encajó la quilla en el lugar de siempre, la mano por sí sola seguía trazando rayas desesperadamente, hasta que emergió la última curva en las alas de las dos gaviotas que salieron volando de la techumbre y remontándose más y más subieron a otro velero que iba surcando el mar del firmamento de vuelta al puerto de donde ellos partieron una madrugada para venir a navegar conmigo.

Índice

<i>Contenido</i>	<i>Página</i>
I	5
II	23
III	35
IV	43
V	49

Esta edición de 500 ejemplares de la obra
Mientras remiendo la red
se imprimió en Noviembre de 2017,
en los talleres del Fondo Editorial Ipasme,
en Caracas, República Bolivariana de Venezuela.

La colección ORLANDO ARAUJO rinde homenaje al polifacético escritor barinés de gran versatilidad literaria creador de ensayos, poesías, novelas y cuentos, quien también fue un insigne educador y economista de profundo sentido humanista. Su figura y su legado impreso constituyen un modelo fehaciente del humanista hispanoamericano, comprometido con la realidad de su tiempo y siempre a favor de las causas populares. Siendo poseedor de una vasta cultura y de amplias capacidades intelectuales, dominó el arte de escribir con sencillez al alcance de todo tipo de lectores y con especial cariño hacia los niños. Por eso, bajo su nombre egregio, reunimos narraciones breves, relatos o cuentos que conduzcan al lector hacia el encuentro de esos pequeños y a la vez grandiosos mundos alternos.



Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME

Fondo Editorial Ipasme



ISBN: 978-980-401-241-9



9 789804 012419